EL EXILIADO Y EL EMIGRANTE. NOCIONES, IDEAS, PROBLEMAS

Fernando J. Devoto

Universidad Católica Argentina

Universidad Nacional de San Martín

En junio del 2012 fui invitado como *discussant* en un congreso de cuyo nombre no quiero acordarme. Grande fue mi sorpresa cuando vi allí reunidos bajo el título común de «migración» trabajos que incluían temas tan diferentes como: misioneros metodistas en Chile, estudiantes latinoamericanos en la Ciudad Universitaria en París (denominado «movilidad académica»), exbraceros mejicanos de los años cuarenta que reclaman todavía hoy por sus pensiones laborales, exiliados políticos venezolanos de la llamada «Generación de 1928», caravanas de madres latinoamericanas que buscan y reclaman por sus hijos desaparecidos o la historia del Center for Puerto Rican Studies de Nueva York, entre otros. Todo culminaba con una conferencia magistral del gran Nathan Wachtel sobre las «Memorias Marranas del siglo XVI al XX». Me resultó difícil entonces y me resulta difícil ahora hallar las ventajas de ese tipo de aproximación tan general y sobre todo encontrar cuál era el núcleo común: ¿la movilidad espacial de personas? (lo que sugeriría que mis numerosas visitas a Santiago de Compostela podrían ser estudiadas como ejemplo de migración temporaria de académicos), ¿el encuentro con el otro o con otros? (lo que convertiría tanto a los turistas o a los congresos académicos en un objeto de estudio que se debería colocar junto con las investigaciones sobre migrantes laborales o exiliados).

Desde luego que los historiadores saben bien, o deberían saber, a esta altura el siglo XXI, que la elección de la escala temporal, de la escala espacial y de la amplitud y heterogeneidad de los objetos que estudian es una operación previa a la investigación que se va a realizar, que son una opción entre otras posibles y que una vez elegidas condicionan fuertemente los resultados que se obtienen. Saben también que, si de lo que se trata es de comparar fenómenos a priori distintos, la elección de la comparación fija, como señaló Jurgen Kocka, ya la agenda y jerarquiza automáticamente las variables principales¹. No se trata, con todo, de negar la posibilidad de pensar conjunta, es decir, unificada o separadamente, en resumen comparativamente, una serie de objetos, sino de preguntar sobre las virtudes hermenéuticas de cada opción elegida.

Dicho esto, lo que aquí se propone es algo mucho más modesto y convencional: pensar simultáneamente al emigrante y al exiliado, y preguntarnos acerca de si esa operación nos ayuda a encontrar problemas y perspectivas diferentes,

¹ J. Kocka (2002): *Historia social y conciencia*, Madrid, Marcial Pons, 43-64.

no solo, ni tanto, sobre los rasgos comunes de ambas experiencias, sino también sobre las diferencias. Veremos si el ejercicio resulta.

1.

Comencemos con las nociones, y se utiliza aquí nociones y no conceptos, aunque lo sean, tanto para eludir un debate teórico como para indicar que el ejercicio será mucho más modesto. No aspiramos a preguntarnos acerca de si los conceptos son concentrados de la experiencia social (o sea, un modo de estudiar a esta desde ellos), sino simplemente constatar que el uso de ciertas palabras emblemáticas siempre implica un grado de percepción de especificidades o diferencias sociales. No aspiramos tampoco a algo que pueda ser considerado una muestra representativa, sino a hacer algunas calas o cortes en distintos momentos de la historia europea para pensar en los contrastes y menos en las continuidades.

Exiliado y emigrante tienen una larga historia en la tradición escrita europea y de ello solo indicaremos algunos jalones sin olvidar, precaviéndonos contra el anacronismo y contra el abuso de la analogía, que los cambios de contexto temporal y espacial afectan siempre al significado de las palabras, y muchas veces en un sentido que no podemos establecer con claridad.

Estos dos vocablos, exiliado y emigrante, aluden a diferentes situaciones ya en el imperio romano. En el *Digesto* compilado por Justiniano, en el siglo VI d. C., Marcianus observa tres diferentes significados del término *exsilium*: la interdicción de ciertos lugares específicos, la interdicción de todos los lugares del imperio o el confinamiento en una isla. En lo que a nosotros interesa, los tres implican una pena establecida por el poder sobre un ciudadano y esa pena aparece acompañada por la pérdida de la ciudadanía y de la propiedad, como la fórmula genérica *aquae et ignis interdictio* (Paulus, *Digesto*) exhibe bien. En este sentido, *exsilium* (bastante semejante a la *deportatio* del período imperial) se diferencia de otro término, *relegatio*, más benévolo, ya que, si bien implica el extrañamiento, no implica la pérdida de la ciudadanía, ni de la propiedad, ni de la patria potestad². Sería muy conocido el

² A. Rich (1875): «*Exsilium*», en W. Smith, *A Dictionary of Greek and Roman Antiquities*, London, John Murray, 513-517.

caso del poeta Ovidio. Con todo, existe otra definición o interpretación de *exsilium* y es la que da Cicerón en *Pro Caecina*, aunque debe recordarse que aquí estamos en el siglo I a. C., durante la República. Para el célebre orador, el *exsilium* no es un castigo sino un puerto, un asilo, un refugio para eludir una pena, en cierto modo un derecho de la persona. No implica la pérdida de la ciudadanía, sino eventualmente la renuncia voluntaria a ella, ya que aquella solo puede perderse con la muerte o al adquirir la ciudadanía de otro lugar³. Por lo demás, la misma ambigüedad ya existía en griego: *phyge* designa a la vez exilio (resultado de la decisión del poder) y fuga (la elusión de esa decisión)⁴. En ningún caso esas definiciones implican una exclusividad de móviles políticos, sino más en general un castigo, justo o injusto, por motivos que pueden tener que ver con el derecho que llamamos hoy civil o con el que llamamos penal ordinario, y no solo con el tema de la política.

También la noción de emigrado tiene una amplia y polisémica presencia en el mundo romano. Tácito la utiliza en su *Germania* en el sentido más convencional de movimiento de pueblos⁵. En cambio, Tito Livio (*Ab Urbe Condita*) la emplea en múltiples sentidos: como migración de pueblos, como migración de personas por motivos económicos (la miseria) o como migración de individuos que aspiran a mejorar su posición social. En cualquier caso, parece visible que exiliado y emigrante aluden en el contexto romano a fenómenos muy diferentes (aunque, desde luego, en este terreno, investigaciones exhaustivas serían bienvenidas).

Dejo de lado el antiguo *bannum*, bando germánico en el que se ha querido ver tanto el símbolo del poder soberano como la exclusión de una comunidad (término que ha sobrevivido en el actual *banlieu*), y avanzo hacia aquel momento en que existen algo que podamos denominar una *societas* y en ella una comunidad

³ El fundamental párrafo de Cicerón es el siguiente: «Exsilium enim non supplicium est, sed perfugium portusque supplicii. Nam quia volunt poenam aliquam subterfugere aut calamitatem, eo solum vertunt, hoc est sedem ac locum mutant. Itaque nulla in lege nostra reperietur, <ut> apud ceteras civitates, maleficio ullum exsilium esse multatum; sed cum homines vincula, necesse ignominiasque vitant, quae sunt legibus constitutae, confugiunt quasi ad aram in exsilium. Qui si in civitate legis vim subire vellent, non prius civitatem quam vitam amitterent; quia nolunt, non adimitur eis civitas, sed ab eis relinquitur atque deponitur. Nam, cum ex nostro iure duarum civitatum nemo esse possit, tum amittitur haec civitas denique, cum is qui profugit receptus est in exsilium, hoc est in aliam civitatem.». Ver M. Tulli Ciceronis: *Pro A. Caecina Oratio* (<http://www.thelatinlibrary.com/cicero/caecina.shtml#34>).

⁴ G. Agamben (1998): «Politica dell'esilio», *Derive Approdi*, 16, 25-27.

⁵ Tácito (2000): *La vita di Agricola. La Germania*, Milán, Rizzoli, *passim*.

de personas (no un poder absoluto), un cierto ordenamiento jurídico y lo que podemos paragonar a una vida política: las ciudades bajomedievales. Nuevamente la ambigüedad reaparece, en especial en los tratadistas de la península italiana en los siglos XIII y XIV, aunque con otras características, ya que «bando» puede significar pena, multa, respuesta a la contumacia o expulsión y pérdida de los derechos ciudadanos y de la protección pública (*ejectio a civitate*), lo que en este último caso suele definirse en la época como exilio. Va señalado que en la tratadística tardomedieval también reaparecen aquellas voces romanas indicadas precedentemente como la *deportatio* y la *relegatio*. En cualquier caso, lo que aquí interesa es que en otras palabras emergen las dos ideas ligadas a la antigua noción de exilio: fuga (contumacia) y pena. Es decir, la voluntad del poder soberano o del poder jurídico y las consecuencias de no seguir sus órdenes⁶. En otros términos, podía verse al bando como castigo o como provisión intermedia en el seno de un proceso judicial (ante el no acatamiento de la citación del imputado, primera decisión del tribunal) o final (ante el no cumplimiento de una sentencia). En cualquier caso, el bando, que incluía la posibilidad de cancelación del mismo (y esto ocurría masivamente en caso de necesidades imperiosas —sobre todo militares o pecuniarias— de la ciudad) era un procedimiento muy extendido y considerado «normal» y aplicado como una instancia habitual por parte de los tribunales comunales, ante todo tipo de denuncias o de imputaciones (civiles, administrativas, penales o políticas, por decirlo esquemáticamente), y en especial por delitos por deudas o por maleficio (daños físicos a las personas o crímenes). Aunque, si del término bando se pasa al de exilio, este está asociado a la pérdida de los derechos ciudadanos y es independiente de contumacia, como en el mundo clásico por otra parte. Así, el bando-exilio aparece fuertemente vinculado a la exclusión por motivos que hoy denominaríamos políticos y más raramente por delitos contra el orden social, a diferencia del bando-genérico, que aparece asociado primordialmente a la contumacia, es decir, al no cumplimiento de una orden emitida por un tribunal. Esto implicaba, desde luego, que el bando debía ser sucesivo a una orden judicial no cumplida por el acusado, no precedente a esta. En cualquier caso, el bando implicaba tanto la exclusión de la residencia como de la participación en las instituciones ciudadanas

⁶ G. Milani (1997): «Prime note su disciplina e pratica del vando a Bologna attorno alla metà del XIII secolo», *Mélanges de l'École française de Rome-Moyen Âge*, 109:2, 501-523.

y la imposibilidad de alienar los propios bienes. Por supuesto que el afectado por el bando era un «bandito», palabra que adquirirá progresivamente el significado de bandido en su empleo habitual.

En este punto, quizás sea útil detenerse sumariamente en uno de los *banditi-esuli* más célebres de la historia europea: Dante Alighieri⁷. Dante fue condenado al exilio en 1302, inicialmente por dos años, con la fraguada acusación de corrupción en el manejo de los dineros públicos. La sentencia florentina le llega mientras se encontraba en Roma en misión oficial y la causa era la derrota en Florencia de la facción a la que pertenecía (los güelfos blancos), uno más de los continuos conflictos que dividían la ciudad según líneas sociales (Aristocrazia-Artigiani-Popolo minuto) o clientelas de las familias principales. A partir de allí, Dante iniciará un largo peregrinaje alejado de su ciudad, que durará hasta su muerte en 1321. Su vida como exiliado, como la de cualquier exiliado, se repartió inicialmente entre dedicarse a las necesidades económicas a las que lo sometía la privación de sus bienes —y para ello, en cuanto letrado, sus opciones eran la escritura, la enseñanza o la vida cortesana— y la participación en operaciones políticas destinadas a cambiar la situación política en su ciudad. Paulatinamente, su entusiasmo por la acción política directa decaerá y sus energías se concentrarán en el primer aspecto. Entretanto su situación iba a sufrir oscilaciones: de la condena a muerte por contumacia a la extensión de la prohibición de acceso a la ciudadanía y a los bienes por parte de sus hijos. Sin embargo, también tuvo opciones. Excluido de la amnistía de 1311, fue incluido en la ilimitada de 1315. El tema es interesante. Aceptar el reingreso en la ciudad implicaba cuestiones que Dante juzgaba, justamente, humillantes: entre ellas, desfilar en procesión descalzo por la ciudad con una mitra en la cabeza indicando el delito cometido, en signo de arrepentimiento, y además hacerlo junto con conocidos delincuentes que hoy llamaríamos comunes. Dante se negó. Así, sin embargo, pasaba del exilio obligado a uno que quizás podría definirse opcional y que en cualquier caso adquiriría, hasta cierto punto, el carácter de voluntario o semivoluntario.

⁷ Sobre Dante y otros exiliados en la Italia medieval, cfr. R. Zanni (2013): «Dalla lontananza all'esilio nella lirica italiana del XIII secolo», *Arzanà*, 16-17, 325-363. *Écritures de l'exil dans l'Italie médiévale*. Études réunies et présentées par Anna Fontes Baratto et Marina Gagliano.

La libertad o la dignidad. En estas palabras parecen resonar aquellas precedentes de las *Opere Morali* de Lucio Séneca (VIII). Este había afirmado que a cualquier hombre nunca se le podría quitar la naturaleza común y la propia virtud, ya que lo mejor que tiene de sí está más allá de la potencia humana. El alma que contempla el firmamento desde cualquier ángulo será siempre su posesión y por ello *qua homini fas est, inmiscer, dum animum ad cognatarum rerum conspectum tendentem in sublimi semper habeam, quantum refert mea quid calcem*⁸. En Dante será, en la conocida «Epístola XII» dirigida a un amigo florentino poco después del rechazo de la amnistía florentina de 1315: *Non est hec via redeundi ad patriam [...] Quidni? nonne solis astrorumque specula ubique conspiciam? nonne dulcissimas veritates potero speculari ubique suo celo, ni prius inglorium ymo ignominiosum populo Florentineque civitati me reddam? Quippe nec panis deficiet*⁹. Con todo, una diferencia no menor emergerá entre el filósofo estoico y el poeta, como la *Commedia* mostrará («sol per lo dolce suon de la sua terra», «come sa di sale lo pane altrui»). Mientras para Séneca la afirmación universalista es hecha sin aparente lamento, en Dante subsiste una ambigüedad declinada temporalmente entre la afirmación de un comportamiento y el dolor que causa la lejanía de la «patria». Una ambigüedad que tiene además una tradición reflexiva, por ejemplo la de Aristóteles en la *Política*: el apólido puede ser inferior al humano, pero puede ser también más fuerte que él o superior a él.

Entretanto, mientras Dante escribía desde el exilio aquella obra destinada a devenir patrimonio común del mundo occidental, Florencia seguía creciendo, y llegaban a ella migrantes rurales de territorios vecinos para poblar los nuevos, modestos y hacinados barrios en la periferia de la ciudad (es decir, más allá de las murallas y en torno a los accesos a esta). Algo, desde luego, muy diferente. Y, sin embargo, la palabra «emigrante» parece haber desaparecido en la literatura culta de la Italia bajomedieval. El mejor diccionario disponible sobre el italiano antiguo (*Tesoro della lingua italiana delle origini*) solo indica una referencia en Boccaccio vinculada a movimiento de pueblos que se desplazan de su lugar de origen a otro territorio y aplicada a una referencia sobre el mundo griego¹⁰.

⁸ L. Annaei Senecae (1872): «Dialogorum liber XII. Ad Helviam matrem de consolatione, VIII», en id., *Opuscula Moralia*, Venecia, Antonelli, 1039-1040.

⁹ Dante Alighieri: *Epistulae*, XII (<http://www.thelatinlibrary.com/dante/ep.shtml>).

¹⁰ <http://tlio.oiv.cnr.it/TLIO/>

Permítasenos ahora hacer un salto temporal. Dejaremos de lado reflexiones tan interesantes como la de Leon Battista Alberti, de familia exiliada, sobre la condición del exilio como libertad interior en consonancia con algunos usos clásicos. Dejaremos al margen el caso español, en el que en lugar del término exiliado es preferido otro: desterrado. Así ocurre en el *Poema del Mio Cid*, en *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* o en el *Buscón* de Quevedo. Detengámonos, en cambio, en el Siglo de las Luces.

2.

Un modo de comenzar sería abrir las páginas de la célebre *Encyclopédie* dirigida por Diderot y D'Alembert¹¹. Entre las voces que ocupan los numerosos volúmenes, ninguna hay dedicada a *émigré* o a *émigration*. Solamente esta es aludida en la voz *population*, que incluye una referencia al fenómeno que hoy llamamos emigración empleando el término *expatriant* (del verbo *expatrier*) para señalar aquellas familias que o mendigaban su pan en su país o se expatriaban para buscar en el extranjero el trabajo que no podían conseguir en su tierra. También la voz *colonie* (escrita por un relevante colaborador, el tardomercantilista Forbonnois) alude a ella: «On entend par ce mot le transport d'un peuple, ou d'une partie du peuple, d'un pays à un autre». En la referencia, que incluye en las ejemplificaciones los movimientos de población hacia las Américas, no hay alusión a migraciones individuales, sino a movimientos colectivos organizados por los estados. De la casi ausencia de la voz *émigration* da cuenta asimismo con más certeza que esta aparezca por primera vez en el *Dictionnaire de la Académie Française* (o en otros diccionarios del siglo XVIII galo que en gran medida estaban fuera del ámbito de la Ilustración), en la quinta edición, de 1798, para indicar la salida del propio país para establecerse en otro¹².

¹¹ D. Diderot / J. le Rond d'Alembert (dirs.): *Encyclopédie ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, Paris, Briasson-David-Le Breton-Durand, 1752 y ss. Los términos y las voces se han identificado a través de The ARTFL Encyclopédie (<https://encyclopedia.uchicago.edu/>).

¹² *Dictionnaire de l'Académie Française*, Paris, J.J. Smits, 1798. La búsqueda se ha realizado por medio de <http://artfl.atilf.fr/dictionnaires/ACADEMIE/CINQUIEME/cinquieme.fr.html>.

Distinta es la fortuna del término exilio, ya presente desde la primera edición del diccionario de la Académie de 1694, con el significado de *bannissement*, pero con la variación aclaratoria de que, mientras el segundo es emanación de una orden de la justicia, el primero es causado «por alguna desgracia en la corte». Es decir, por una cuestión política y una decisión del poder. La edición de 1762 del mismo diccionario introduce, además, otra diferencia no menor entre *bannissement* y *exil*: «Il faut remarquer que *Bannissement* ne se dit que des condamnations faites en Justice et qu'*Exil* est une peine imposée par l'autorité souveraine. Le *bannissement* est infâmant, l'*exil* ne l'est pas». Distinción que reaparece en el *Diccionario* de Féraud (1787-1788).

Por su parte, en la *Encyclopédie*, seis voces se refieren directa o indirectamente al exilio: *relegation*, *ostracisme*, *interdiction du feu & de l'eau*, *exil*, *proscription* y *bannissement*. Es decir, las instituciones clásicas y la institución medieval. Esa mucha mayor importancia atribuida a la noción de exilio con relación a la de emigración no puede aislarse del contexto cultural y social de la Ilustración, en la que no solo el exilio, en cualquier forma que se entienda, era un hecho enormemente extendido entre los intelectuales, sino que también ese era un problema mayor en los debates contra el poder y la autoridad, sea en clave utópica, sea en clave reformadora.

Particularmente interesante en la *Encyclopédie* es la voz *exil* (texto escrito por el conservador Abate Mallet), ya que en un breve cuadro de conjunto enfatiza fuertemente la noción de Cicerón: es decir, el exilio como refugio y protección contra las penas. En cambio, la voz *bannissement* (del más radical Toussaint) implica siempre una pena, aunque distingue entre aquel a vida (muerte civil y confiscación de bienes) y aquel a término (que no implica ninguna de las dos cosas). Asimismo, y siguiendo las convenciones clasicistas del siglo XVIII, según argumentó largamente Peter Gay, los remite a la *deportatio*, el primero, y a la *relegatio*, el segundo¹³. Poniendo ambas voces en paralelo, parece emerger la mayor benevolencia del mundo clásico en relación con el moderno en la percepción de los que vivían en este.

¹³ P. Gay (1967): *The Enlightenment: An Interpretation. The Rise of Modern Paganism*, Nueva York, Knopf. Una crítica a esa idea de supervivencia del mundo clásico en el siglo XVIII: F. Venturi (2014): *Utopía y reforma en la ilustración*, Buenos Aires, Siglo XXI, 60-61.

Más modulada y compleja era la posición de Montesquieu y Voltaire. El primero, en *L'esprit des lois*, contrastaba más claramente el exilio en los antiguos y en los modernos¹⁴. Según Montesquieu, en la época de la República romana el exilio no era una pena sino que, remitiendo implícitamente a la idea ciceroniana, era una opción antes del juicio. En cambio, entre los modernos el exilio era, indudablemente, un castigo, y en especial pertinente para aquellos que atentaran contra la tranquilidad pública. Sin embargo, en este plano, Montesquieu parece constatar la mayor benevolencia de las repúblicas antiguas y modernas que, por conveniencia política, debían exiliar poco y no mucho. Por otra parte, argumentaba, las mismas repúblicas, en ciertos casos, habían logrado distinguir el exilio del ostracismo (político), que excluía la idea misma de que se tratase de una pena (en un sentido cercano, la voz ostracismo en la *Encyclopédie* escrita por Jaucourt, que, aunque la considera una variedad del exilio, insiste en que no implicaba ni deshonor ni mancha sobre la persona).

Finalmente, el mismo Montesquieu, emplea una vez el término exilio en un sentido que modernamente llamaríamos emigración: es decir, alejarse del país en busca de la «abundancia» en otros lugares. Anotación que, aunque demasiado episódica, sugiere ya un solapamiento de las nociones de exilio y emigración, solapamiento que debía ser más amplio en el siglo XVIII, ya que, al menos, en forma distinta está presente en Voltaire. En el caso del Barón de la Brède y en la obra citada, aparecen los términos *émigration* y *transmigrations*, pero en el sentido de movimientos de pueblos, no de personas individuales.

En *Le siècle de Louis XIV* y en los *Précis du siècle de Louis XV*, Voltaire utiliza ampliamente la palabra *exil* (y no la de *bannissement*). También para él es un castigo o una pena y, por lo tanto, debería ser impuesta por una ley y no por el arbitrio de la autoridad¹⁵. Empero, ese exilio se articula de diferente modo según los casos, y el tipo varía según la distancia. En algunos casos —por ejemplo, el exilio del arzobispo de París en 1754, enviado a una pequeña villa a tres cuartos de hora de París—, Voltaire considera que se trata de un exilio «dulce», que más que un castigo es una

¹⁴ Montesquieu (Charles de Secondat, barón de) (1993): *Del espíritu de las leyes*, Barcelona, Altaya, L. VI, C. V y XV.

¹⁵ *Oeuvres de Voltaire avec des remarques et des notes historiques. Précis du Siècle de Louis XV*, Paris, Pourrat Frères, 1838, v. 2, p. 626.

advertencia paternal¹⁶. A su vez, la voz *émigration* aparece varias veces en el *Essai sur les mœurs*, con el sentido clásico de movimiento de pueblos (como en Montesquieu), pero además en otro: emigrados fueron los judíos y los moros expulsados de España, y también los protestantes fugitivos de Francia. De este modo, concluye: «C'est ainsi que tous les peuples se mêlent, et que toutes les nations sont absorbées les unes dans les autres, tantôt par les persécutions, tantôt par les conquêtes»¹⁷.

Que el uso de las palabras sigue itinerarios diferentes según las distintas lenguas y tradiciones regionales lo muestra otro ejemplo ilustre del movimiento de las luces: Cesare Beccaria. En esa obra fundacional de la tradición llamada clásica del derecho penal moderno, *Dei delitti e delle pene*, Beccaria prefiere el término «bando» (pena) al de exilio, que cuando es utilizado lo es en conexión con la idea de «voluntario» o anticipatorio a la pena. En cualquier caso, también en este terreno Beccaria se propone humanizar los castigos y, en especial, el bando a perpetuidad. Aunque Beccaria, al igual que Montesquieu, no condena el bando, entendido como la exclusión de la sociedad para aquellos que lleven a una grave perturbación o peligro a la propia nación, sí, en cambio, argumenta largamente acerca de la necesidad de separar la expulsión de la confiscación de los bienes del excluido, que considera un innecesario, inconveniente e injusto castigo para él y para su familia¹⁸.

En el caso español, se sugirió ya, el término destierro es preferido al de exilio y lo será al menos hasta el siglo XIX. El término emigración también estaba ausente, al igual que en el caso francés y probablemente en el italiano. En el diccionario español-portugués de Bluteau de 1721 no aparece la voz emigración y tampoco la de exilio, al igual que en el *Tesoro de la lengua castellana* de Ayala Manrique (1729). Más importante, en el célebre *Diccionario de Autoridades* de 1732 (tomo III) ambas voces aparecen, pero la definición dada indica que eran muy inhabituales: para emigración se indica «voz puramente latina y sin uso» y para exilio (que se identifica con destierro) se señala «voz latina de raro uso». Finalmente, en los diccionarios de la Real Academia Española del siglo XVIII posteriores, la voz emigración reaparece en 1780 y perdura de ahí en más como «partida, salida, transmigración». Por su parte, exilio es identificado tanto con destierro como con

¹⁶ Ibid., p. 616.

¹⁷ Voltaire (1963): *Essai sur les mœurs et l'esprit des nations*, Paris, Garnier, v. 2, cap. CLXXVII.

¹⁸ C. Beccaria (1945): *Dei delitti e delle pene*, Florencia, Le Monnier, en especial XLII, 273-276.

banido (de *bandito*). Sin embargo, todavía en el *Diccionario* de Terreros y Pando del año siguiente (1788), mientras emigración repite la definición del anterior, en el caso de exilio vuelve a indicarse «voz de poco uso»¹⁹.

Bien diferente es la situación en Gran Bretaña. Aquí, el término *emigration* parece bastante extendido en su uso. Está muy extendido en *Decline and Fall* de Edward Gibbon y su empleo alude no solamente a movimientos de pueblos sino en algunas ocasiones a movimientos de familias o de personas, en otras a esclavos y una vez a «voluntary emigrations», en la Antigüedad y en la Edad Media. El empleo es usual entre los filósofos escoceses y, así, en la *History of England* de David Hume aparece reiteradas veces, en especial como movimientos de pueblos asociados a necesidades que podríamos denominar económicas. Menos frecuente es en Adam Ferguson, que emplea el término en el contenido usual de migración de tribus o pueblos en el mundo antiguo. En ese ámbito aparece la idea y la definición moderna de emigración en *The Wealth of Nations* de Adam Smith. Dice allí, en la única cita del término que incluye el libro: «The frequency of emigration from Scotland, and the rarity of it from England, sufficiently prove that the demand for labour is very different in the two countries»²⁰ (Smith, p. 162). Y no es para nada sorprendente que veintidós años después, en la primera edición de *An Essay on the Principle of Population* (1798), Thomas Malthus se detenga largamente en el problema: «A great emigration necessarily implies unhappiness of some kind or other in the country that is deserted. For few persons will leave their families, connections, friends, and native land, to seek a settlement in untried foreign climes, without some strong subsisting causes of uneasiness where they are, or the hope of some great advantages in the place to which they are going»²¹. Es decir, que allí ya se encuentran los términos del debate *pull/push* que tanto iba a interesar a los historiadores en el siglo XX. Una emigración que «hasta un cierto grado», prosigue Malthus en ese trabajo, es beneficiosa para las tendencias demográficas, poniendo como ejemplo la de Gran Bretaña a los Estados Unidos y la de algunas provincias españolas hacia Hispanoamérica, que vieron incrementar su

¹⁹ Todas las referencias a los diccionarios españoles proceden de Real Academia Española, Nuevo Tesoro Lexicográfico de la Lengua Española (<http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtlle>).

²⁰ A. Smith (1843): *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Edimburgo, T. Nelson, 80.

²¹ T. Malthus (ed. 1798): *An Essay on the Principle of Population*, cap. II y VI (<http://oll.libertyfund.org/titles/malthus-an-essay-on-the-principle-of-population-1798-1st-ed>).

población de modo correlativo a la emigración (y cuya referencia, como ha sido señalado, parece ser Jerónimo de Uztariz, que argumentó acerca de esto en su *Theórica y práctica de comercio y de marina* aunque sin usar la voz «emigración», sino «pasar a Indias»²²). Lo que daría a comienzos del siglo XIX a sucesivos debates entre los economistas, incluidos David Ricardo y John MacCulloch.

Sabemos bien, desde las obras de Franco Venturi y John Robertson, de la importancia de la circulación de las ideas en el siglo XVIII y los préstamos e intercambios entre los intelectuales de diferentes partes de Europa. Esto impide afirmaciones perentorias. Sin embargo, con esa salvedad, bien podría sugerirse que es bastante congruente que la noción moderna de emigrado surgiese no solo en el país que contaba en su territorio con el más avanzado capitalismo combinado con zonas bien más arcaicas (como justamente en Escocia), sino que también era uno de los más surcados (o el más surcado) por movimientos migratorios internos e internacionales en ese siglo XVIII. ¿Irán desde la isla hacia el continente esas ideas en el siglo XIX? Al menos un economista francés, Jean-Baptiste Say, atento lector de Smith y corresponsal de Malthus, iba a reflexionar en 1803 sobre la emigración (mayormente de comerciantes y empresarios, pero también de agricultores) en un sentido moderno²³. Deberían, sin embargo, efectuarse algunos controles sobre textos alemanes, ámbito surcado por emigraciones e inmigraciones. La única verificación que he realizado, sobre el célebre Código Civil Prusiano de 1794, permite observar el uso reiterado de *auswandern* (emigrar) y *auswanderung* (emigrante) en todo un capítulo que legisla sobre el tema («Zweyter Abschnitt Von Auswanderungen, Abfahrts- und Abschoßgeldern»)²⁴.

Como puede observarse, los términos para designar a lo que llamamos emigrado y exiliado fueron múltiples y sus sentidos heterogéneos. Con cierto esquematismo, puede sugerirse que exiliado implica una gradación entre la idea de voluntario o prescripto y la idea de pena o evasión de la pena, y tiende a delimitar un conflicto con el poder. Mientras tanto, el término emigrante parece sugerir sobre todo movi-

²² G. de Uztáriz (1757): *Theórica y práctica de comercio y de marina*, Madrid, Imprenta de Antonio Sanz, 22-23.

²³ Cfr. Jean Baptiste Say [1803]: *A Treatise on Political Economy*, L. I, C. XX («Of Temporary and Permanent Emigration, Considered in Reference To National Wealth»), (<http://oll.libertyfund.org/titles/say-a-treatise-on-political-economy>).

²⁴ Cfr. *Allgemeines Landrecht für die Preußischen Staaten* (<http://opiniojuris.de/quelle/1623>).

mientos de pueblos y más raramente de personas o de individuos, o también de perseguidos por razones étnicas o religiosas, hasta finalmente desembocar en Gran Bretaña como un movimiento de personas por razones económicas.

3.

Con el advenimiento de la Revolución francesa entramos en Europa, en tantos terrenos, en una nueva época. El término exilio sigue considerándose una voz anticuada (Real Academia Española 1822; Núñez de Taboada 1825), pero el término emigrante, antes olvidado en la Europa continental, sufre no solamente un florecimiento sino una ampliación de significados. Si bien en los diccionarios españoles la definición de emigración sigue siendo genérica, aunque más ambigua —«abandono que hace una familia, pueblo o nación de su país para establecerse en otro» (Real Academia Española 1822) o simplemente abandono de su país para establecerse en otro (Núñez de Taboada 1825)—, en el de la Académie Française de 1832 aparece ya, junto a la definición genérica precedente, la indicación de que «Il se dit, particulièrement, en parlant d'un nombre plus ou moins considérable de personnes qui émigrent, qui ont émigré en même temps par suite de quelque événement politique».

Esa ampliación era previsible: *émigrés* se designarán los contrarrevolucionarios que abandonan su Estado luego de 1789. Empero, también se denominaban emigrados a los españoles que debieron exiliarse tras el fin del trienio constitucional en 1824 y algunos de los cuales fundarían en Londres un periódico titulado *Ocios de Emigrados Españoles*²⁵. Igualmente, así se definía a los que tuvieron que huir por motivos políticos en las dos décadas sucesivas, fuesen liberales progresistas o carlistas, al menos en las *Mémoires* de François Guizot²⁶. Y siguiendo el itinerario bien podían incluirse aquí los que abandonaron las Provincias Unidas en la época de Rosas, unos años más tarde: también ellos se denominaban a sí mismos emigrados. Esa extensión en el ámbito hispanoamericano será ya visible en el

²⁵ <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/ocios-de-espanoles-emigrados-periodico-mensual—41/html/>.

²⁶ F. Guizot (1867): *Mémoires pour servir à l'histoire de mon temps*, Paris, Michel Levy Frères, t. 8, 286.

Diccionario Nacional de Ramón Domínguez de 1853, que consigna la dualidad: «Emigrado: La persona que emigra o que está refugiada en una nación extranjera», aunque el término exilio siempre identificado con destierro subsiste. En cualquier caso, como el mismo Guizot muestra, el término *emigré* en el sentido político coexiste en sus escritos con el de *exilié*: son utilizados casi como sinónimos, al menos en el uso francés.

Un ejemplo algo diferente lo provee el caso italiano. En la lengua italiana, por ejemplo en el *Vocabolario della lingua italiana* de Giuseppe Manuzzi (1836), se emplean *esilio* («scacciamento della patria») o *fuoriuscito* («bandito, cacciato della patria») para indicar aquellos expulsados del lugar original, y *emigrazione*, como «passaggio o transmigrazione d'uno in altro paese»²⁷. Por otra parte, si se observa la correspondencia de Giuseppe Mazzini, ya desde su exilio londinense desde 1837 (a donde había llegado expulsado de Suiza) y en especial en la década de 1840, las nociones de exilio y emigración solo en pocos momentos se confunden (y la segunda más amplia engloba a la primera) y, en cambio, en muchos otros se separan, lo que parece indicar la paulatina afirmación de un uso bien diferenciado. Colocado en ámbitos en los que la presencia de emigrantes coexistía con la de los exiliados y en los que las interacciones se daban intermitentemente, Mazzini debía establecer distinciones entre unos y otros (ej. «Lombardo non esule»²⁸).

Lo que muestra el caso de Mazzini, frecuentador asiduo en Suiza, en Londres y en París de ambientes varios que incluían a italianos a los que recurrir, sea como correos oficiosos sea en busca de ayuda financiera, y también de ambientes de exiliados de otras nacionalidades, es que era inevitable la separación de ambas figuras, aunque las revoluciones de 1848 volverían a mezclar temporalmente las cartas, como muestran distintas iniciativas en Turín, como el «Comitato Centrale de 1848», la «Società per l'emigrazione italiana» de 1851, destinados a la asistencia tanto de prófugos políticos como de emigrantes.

Con todo, en el contexto europeo, a medida que la emigración económica se convertía en un fenómeno de masas, tendía a ser designada exclusivamente como

²⁷ G. Manuzzi (1836): *Vocabolario della lingua italiana*, Florencia, D. Pazzigli, v. 1, parte 2, 1178, 1212, 1443.

²⁸ G. Mazzini (1887): *Duecento lettere inedite di Giuseppe Mazzini*, Turín-Nápoles, L. Roux e C., 99.

tal. Así, claramente a mediados del siglo XIX los emigrantes al exterior no serían ya «pasajeros», sino emigrantes. Lo muestran bien los casos francés, italiano y español. En el último, la Real Orden de 1853²⁹, que trata de regular y tutelar el fenómeno, ya emplea el término «emigración» para referirse a él, y lo mismo ocurre en Francia en 1855, donde una nota del Ministro del Interior a los Prefectos había considerado que emigrante debía ser considerado todo aquel que pensase radicarse en el extranjero y allí continuase desarrollando su «trabajo o actividad profesional». Por otra parte, un decreto de 1861, consideraba emigrante a aquel que pagase por su pasaje menos de 40 francos, asociando emigración y pobreza relativa³⁰. En los ambientes italianos septentrionales, asimismo, ya al menos desde 1850, la noción de emigración y sus implicancias sociales y económicas aparecen también ampliamente tratadas y estrechamente asociadas con ese sentido y esto ocurre en obras de economistas como Francesco Ferrara, en las publicaciones oficiales y en obras como las de Cristoforo Negri (1868) o Jacopo Virgilio³¹.

La especificación y delimitación de los contornos del emigrante, un trabajador en busca de mejor fortuna y que posee una mayor o menor carencia de medios materiales, pero siempre una carencia, irá acentuándose en el medio siglo posterior. Por ejemplo, la legislación de los países de emigración o de inmigración irá perfilando esa masa humana que se desplaza, distinguiéndola de los simples pasajeros o de los genéricos extranjeros, por un lado, y de los exiliados, por el otro, hasta nuestros días, y de esto dan buena cuenta la asociación entre la condición de emigrante y el pasaje en tercera clase (Estados Unidos) o en segunda y tercera (Argentina, Uruguay).

Desde el otro extremo, el del emigrado-exiliado, parece que incluso en el caso francés también las aguas se dividen, como se sugirió ya con Mazzini, y que quizás haya una oscilación de significados entre textos contemporáneos. Por ejemplo, ya en las grandes obras de Tocqueville, desde *De la Démocratie en Amérique*

²⁹ M. LLordén Miñambres (1992): «Posicionamiento del Estado y de la opinión pública ante la emigración española ultramarina a lo largo del siglo XIX», *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 7, núm. 21, 279-280.

³⁰ Cit. en I. Ferenczi (1929): *International Migrations*, vol. I: *Statistics*, Nueva York, National Bureau of Economic Research, 674-675.

³¹ J. Virgilio (1868): *Delle migrazioni transatlantiche degli italiani e in specie di quelle dei liguri alle regioni del Plata*, Génova, Tipografia del Commercio; C. Negri (1868): «Discorso nella sessione del 25 gennaio 1868», *Bollettino della Società Geografica Italiana*, 1, 1, p. 53.

(1835-40) a *Souvenirs* (1859), se observa una disociación quizás creciente en el uso de las palabras exilio y emigración, aplicadas aquí a fenómenos diversos, tanto como una clara percepción de la naturaleza económico-social de la última, lo que era inevitable quizás vista su experiencia norteamericana³².

Quizás sea posible concluir indagando en un ejemplo ilustre: Victor Hugo, uno de los primeros intelectuales modernos y uno de los exiliados más notorios de la segunda mitad del siglo XIX. Fue exiliado por orden de Napoleón III, a pocos días del 18 Brumario de 1851, contra cuyo golpe de estado había intentado en vano luchar, lo que lo había obligado a estar algunos días escondido en París antes de partir en la oscuridad hacia Bélgica con el pasaporte de un amigo (mecanismo no disponible en el siglo XX, a medida que los estados fueron tomando nuevos recaudos para la confección de los documentos, hasta incluir la foto y otras medidas de seguridad³³). Es una primera etapa de un exilio que duraría casi veinte años, hasta 1870. En su correspondencia desde el exterior, sea en Bruselas, sea en Jersey, sea en la isla de Guernsey, no empleará jamás la palabra emigrado para designar su situación, sino la de exiliado (y ocasionalmente «proscripto»), y convertirá esta condición, en su magnífica prosa romántica, en un motivo de orgullo, no solo de melancolía: «c'est ne pas moi que suis exilé, c'est la France [...] je suis vaincu mais hereux. La conscience contente, c'est un ciel serein qu'on a en soi» (6 enero, 1852)³⁴. Juicios más matizados emergerán, a medida que pasan los años: «Je souffre, je pleure en dedans, j'ai dans l'âme des cris profonds vers la patrie, mais, tout pesé, j'accepte et je rends grâces. Je suis heureux d'avoir été choisi pour faire le stage de l'avenir» (29 diciembre, 1853) o «Un exil dans la nuit, une marche vers la lumière» (diciembre, 1859). En ese contexto, en 1859, es su gran rechazo a la amnistía general dada por Napoleón III. Desde su casa al borde del mar en Guernsey, donde vive con su familia, sigue resonando la voz incómoda del poeta. Aunque ya no crea ser «la voix de la France, mais je suis le cri de l'exil»

³² A. de Tocqueville (1993-99) [1ª ed. 1893]: *De la Démocratie en Amérique*, Paris, Flammarion, 2 vols., *passim*, e id. *Souvenirs*, Paris, Calmann-Lévy, 393.

³³ Acerca del progresivo control por parte de los Estados de la documentación, desde fines del siglo XIX y principios del XX, un cuadro general en J. Torpey (2005): *L'invention du passeport*, Paris, Belin, en especial pp. 119 y ss.

³⁴ V. Hugo a A. Van Hasselt, 6/1/1852, en Victor Hugo (1898): *Correspondance (1836-1882)*, Paris, Calmann Lévy, vol. 2, 116.

(1867)³⁵. Un exilio que deviene así, en sus palabras, ahora voluntario, «l'exil, surtout lorsqu'il est volontaire, doit se rester fidèle à lui-même» (marzo, 1868), y sigue siendo su derecho («Opter pour l'exil est un droit» (16 de febrero, 1870)³⁶.

Con Victor Hugo encontramos, ante todo, el lugar del exiliado como héroe y no el del exiliado como víctima, no al estoico que niega desde la universalidad de lo humano la condición de exiliado, como en Séneca, ni tampoco la de exiliado moral, que encarna Dante. No es tampoco la del político, como Mazzini, que alterna sus días entre la pura supervivencia, la melancolía acentuada y las perpetuas conspiraciones. Por el contrario, es la del intelectual moderno que con la palabra combate al poder desde un lugar que juzga preferible al de las limitaciones que tendría en su patria. Un poder y un mundo de referencia, por lo demás, que no es el de la humanidad genérica, sino el de Francia en el contexto de una Europa de estados y nacionalidades.

Siempre se podrá argumentar que los desniveles de influencia eran distintos en el siglo XIX y en el XX para los individuos notables enfrentados con el poder. Sin embargo, ahí está, en pleno siglo XX, el pequeño gran sardo Antonio Gramsci, enfrentado desde la soledad de la cárcel a un doble exilio (en el sentido clásico y moderno atribuido al exilio interior, «fuga de uno solo hacia uno mismo» o *sollus ad solam*). Enfrentado al fascismo y al aparato comunista que se negaba a pedir una gracia que le hubiese sido concedida y que desde ese orgullo heroico desafiaba a un Mussolini, si no preocupado, sí muy interesado en la decisión de su formidable adversario³⁷.

4.

Llegados a este punto de un largo y veloz recorrido, es bueno hacer algunas reflexiones generales. El itinerario de palabras y nociones presentado no busca atribuir a las mismas un papel performativo o perlocutorio. Aunque, desde luego,

³⁵ V. Hugo au Comité du monument de Mickiewicz, 17/5/1867, en *ibid.*, 307.

³⁶ V. Hugo a Monsieur Chassin, 3/1868; V. Hugo a A. Vacquerie, 16/01/1870, en *id.*, *Correspondance (années 1867-1873. Addendum)*, Paris, Albin Michel (<http://www.chronologievictorhugo.com/>).

³⁷ Cfr. el interesante y discutible libro de F. Lo Piparo (2012): *I due carceri di Gramsci. La prigionie fascista e il labirinto comunista*, Roma, Donzelli.

la lucha simbólica en torno a las palabras no está desprovista de significado (véase, por ejemplo, la polémica alrededor de los términos *esuli* o *fuoriusciti* durante el fascismo). Con todo, menos ambicioso, el trabajo solo aspira a señalar el uso de algunos términos descriptivos que sugieren imágenes o percepciones que identifican fenómenos sociales. En ese punto, lo que las nociones de emigrante y exiliado en la «longue durée» europea sugieren son percepciones diferenciadas de ambos fenómenos, que solo en algunos momentos se solapan y en ellos la noción de emigrante engloba a la de exiliado. Asimismo, cada una de esas nociones encubría significados diferentes, no solamente en relación con los diferentes contextos, sino también en relación a como tipificar desde el discurso a cada uno de ellos.

En el siglo xx esas nociones, ya bien diferenciadas desde fines del siglo anterior, siguen itinerarios diferentes. Puede sugerirse que un exiliado y un emigrante son realidades percibidas como distintas por los observadores letrados (otra cuestión sería preguntar a las personas corrientes). No obstante ello, siempre puede afirmarse también que, en la experiencia concreta de unos y otros, esos dos tipos sociales comparten hasta cierto punto terrenos y problemáticas. A ambos les afectan las políticas públicas de los países de destino, ahora mucho más intervencionistas y reguladoras, en especial luego de la Primera Guerra Mundial. Sobre todo, al exiliado se le suman, además de sus propios problemas, aquellos que derivan de las políticas de control que afectan a los emigrantes, ya que ellos pueden ser considerados a menudo tanto emigrados como exiliados. Desde luego también, y en un registro diferente al que hemos seguido hasta aquí, en su traslado a un nuevo país y en su ajuste a un nuevo contexto, emigrantes y exiliados comparten problemas comunes, desde el viaje hasta las redes de relaciones para sortear obstáculos, el alojamiento, la necesidad de encontrar trabajo y a veces un terreno de acción política común (temas todos sobre los que, por ejemplo, Xosé Manoel Núñez Seixas ha escrito páginas muy perspicaces³⁸). No es menos cierto que las diferencias son a menudo igualmente visibles. La sociabilidad de los exiliados raramente es igual a la de los emigrantes y, aun en aquellos de entre los primeros que se esforzaban por realizar una política hacia los segundos, sus redes se solapaban solo

³⁸ X. M. Núñez Seixas (2011): «Política dos exilados e política dos emigrados», en R. Villares (ed.), *Emigrante dun país soñado. Luís Seoane entre Galicia e Arxentina*, Santiago de Compostela, Consello da Cultura Galega, 89-120.

parcialmente. Ver, por ejemplo, de Luís Seoane. Las diferencias eran asimismo de equipaje y de clase, por usar una vieja palabra que en su generalidad sigue siendo ilustrativa. Desde luego que hay aquí terrenos igualmente compartidos y los más favorecidos de los emigrantes podían compartir habilidades y conocimientos equivalentes a los de los menos desfavorecidos de los exiliados (aunque casi nunca su capital simbólico, cuando estos lo tenían, por ejemplo los Sánchez Albornoz). Nuevamente, esos contactos se refieren a las fronteras de ambos grupos, no al conjunto de ellos. Lo mismo ocurre con las pertenencias sociales: no hay ninguna novedad en afirmar que en los grandes números los emigrantes-fuerza de trabajo pertenecen a grupos diferentes que los exiliados políticos (aunque también aquí haya áreas de contacto). Esto se vincula además con las redes de sociabilidad y cooperación, y con los ámbitos asociativos. En términos generales, es más infrecuente que frecuente que los exiliados participasen activamente en los ámbitos creados por los inmigrantes e inversamente que estos pudiesen acceder a aquellas redes políticas de intelectuales que estaban disponibles para los exiliados. Y, por lo demás, es bueno recordar que muchos emigrantes y no pocos exiliados, llegados a un nuevo país, mantuvieron escasas o nulas relaciones con sus compatriotas y con las instituciones que ellos crearon. Uno de los problemas de los estudios sobre las migraciones, compartido por los estudios sobre el exilio, es que se centran demasiado (traicionados por las fuentes disponibles) en los grupos más aglutinados, más visibles o más notables de cada uno de esos colectivos expatriados.

Ciertamente, de ese cuadro deben excluirse en parte los movimientos masivos de refugiados como los armenios, los judíos o los exiliados republicanos en Francia. El caso de estos últimos es particularmente interesante. Como argumentó Dreyfus-Armand, las características masivas del exilio español en Francia daban a los republicanos un perfil socialmente heterogéneo, no igual pero más cercano al de un colectivo emigrante, que no se iba a encontrar en los exiliados que desde allí o desde otro lugar se dirigieron a las Américas, sea México o la Argentina³⁹. Asimismo, debe recordarse que existían grupos que aunaban su condición de emigrantes y exiliados o que partían por una combinación de móviles económicos y móviles políticos. Las campesinos y trabajadores de la Emilia Romagna que emigraron sobre todo a Francia en los años posteriores a la marcha sobre Roma

³⁹ G. Dreyfus-Armand (1999): *L'Exil des républicains espagnols en France*, Paris, Albin Michel, 192-193.

de 1922 lo hicieron tanto por motivos económicos como por la asfixiante presión de los fascistas⁴⁰, y un cierto número de los emigrados españoles de la inmediata segunda posguerra, también. Por otra parte, esa situación se presentaba además a los pequeños fascistas y otros partidarios menores de los regímenes de derecha europeos colapsados con la caída del eje luego de 1945 que partieron para otros destinos. ¿Debería considerárselos exiliados?⁴¹. La discusión está abierta, ya que se ha tratado de reducir el empleo de la categoría de exiliados para aquellos que huían de regímenes autoritarios o totalitarios y no de aquellos democráticos. Las cosas no son siempre tan sencillas: el grupo de partisanos comunistas que en Italia había continuado con la ejecución sumaria de fascistas luego del fin de la guerra en el mayo 45, e incluso episódicamente luego de la amnistía de 1946, y que en 1948 huyó a Checoslovaquia, donde permanecerían muchos años para eludir la cárcel, ¿eran exiliados o prófugos de la justicia?⁴². El conocido intelectual italiano Toni Negri, que huyó a París aprovechando la facilidad que le concedió el ser elegido diputado y criticando a la justicia de la Italia democrática, ¿era un fugitivo o un exiliado?

Si para algo puede servir el itinerario de las nociones es para preguntarnos acerca de la misma idea de exiliado, apartándonos por un instante de la inmediatez del tiempo corto. Si así lo hiciéramos, deberíamos observar que el exilio emerge siempre, en todas las épocas, de un conflicto con el poder o con la autoridad, cualquiera que sea esta e independientemente de la arbitrariedad o legalidad, formal o sustancial, de la decisión de ella.

También puede ayudarnos el recorrido de aquellas nociones a pensar otros problemas. Se ha argumentado que la diferencia sustancial entre el exiliado y el emigrante está en el carácter voluntario de la decisión del segundo y en el involuntario del primero. Permítaseme matizar un poco este lugar común. Puede hacerse desde los ejemplos concretos o desde los contenidos de las nociones. Desde estas, es evidente que el exilio contiene en casi todas las épocas una ambigüedad: es tanto una pena como el instrumento para eludir una pena. Desde Cicerón a Dante o a Victor Hugo, el exilio muestra dimensiones voluntarias tanto

⁴⁰ C. Bernani (1997): *Il nemico interno. Guerra civile e lotta di classe in Italia*, Roma, Odradek.

⁴¹ F. Bertagna (2006): *La patria di riserva. L' emigrazione fascista in Argentina*, Roma, Donzelli. Ver en particular la «Introducción».

⁴² G. Fiori (1993): *Uomini ex. Lo strano destino di un gruppo di comunisti italiani*, Turín, Einaudi.

como involuntarias y es bueno (creo) recordar esa ambigüedad semántica, que abre un espacio para ser considerado en ciertos casos, no en todos, una opción o a veces una estrategia. Se dirá que ella no estaba disponible en el caso de los estados terroristas contemporáneos. Es posible, lo que obligaría a una definición más estrecha de exiliado en ruptura con la tradición del término. Sin embargo, algunos ejemplos podrían mostrar que ella seguía parcialmente vigente aún en esos casos.

Eludiré ejemplos argentinos que proceden de la *erlebnis* y me detendré en otros. Francisco Fernández del Riego, el reconocido intelectual galleguista, cuya historia debo a la gentileza de Ramón Villares, salvó su vida milagrosamente en el momento del golpe militar de 1936. Como otros, se dirigía en Santiago de Compostela a sumarse a las fuerzas legales en la sede del gobierno. En camino hacia ella, atravesando una de estas plazas vecinas, el pintor Carlos Maside le advirtió que no fuese, ya que estaban allí fusilando a los que llegaban. Varias opciones se le abrían a Fernández del Riego: pasar al exilio, esconderse (que fue su primera opción) o adaptarse y dejarse luego enrolar en el ejército franquista. Eligió esta última, sin abjurar de sus ideales, que reverberarían luego. No era la única disponible. Veamos otro ejemplo: un conocido economista e historiador uruguayo. Había decidido abandonar el país con su esposa, una también conocida historiadora uruguaya, con destino a México. Estaban ambos sentados en el avión cuando subieron a él las fuerzas militares y se llevaron a su esposa, que quedaría detenida por varios años (debo la historia a mis amigos fallecidos Juan Oddone y José Pedro Barrán). ¿Qué debía hacer el economista uruguayo, bajarse él también o partir? Optó por lo segundo. No era tampoco su única alternativa. Veamos un tercer ejemplo ilustre, Marc Bloch. Su decisión de no dejar Francia y dirigirse a los Estados Unidos con el apoyo del programa de la Fundación Rockefeller, que finalmente concluiría en su muerte tras largas peripecias, no parece haber sido motivada por una consideración política o académica, sino por el simple hecho de no poder llevar consigo a toda su familia⁴³.

Detengámonos en un cuarto ejemplo, que puede ayudarnos también a pensar otros problemas. En 1933, con el advenimiento del nazismo en Alemania, decenas de miles de judíos decidieron exiliarse. La decisión «anticipatoria», como ha

⁴³ C. Fink (1989): *Marc Bloch. A Life in History*, Cambridge, Cambridge University Press, 247-252.

sido llamada, era una decisión juzgable *ex post* como acertada entre las disponibles. Lamentablemente para ellos, una parte decidió retornar al año siguiente. Otra decisión, en este caso fatal⁴⁴. Y no se trata de definir esos movimientos como «voluntarios», sino de pensarlos en otros términos: opciones, muy restringidas indudablemente. Y los españoles que arribaron a Francia en la masiva retirada catalana, ¿debían o no volver, independientemente de cuál hubiera sido su exposición pública precedente? ¿Estarían comprendidos en la draconiana e imprecisa ley de responsabilidades políticas de 1939? Y los exiliados republicanos que muy gradualmente comenzaron a acercarse a España desde los años cincuenta, en esa lenta aproximación entre exterior e interior que tan finamente ha estudiado Ramón Villares, ¿qué riesgos y qué seguridades tenían al hacerlo?⁴⁵. Reconstruir esas incertidumbres es también tarea del historiador, salvo de aquellos partidarios de las verdades sencillas, claras y distintas. Por otra parte, veamos los espectáculos contemporáneos de los migrantes que cruzan en balsas el Mediterráneo. ¿Cuán voluntaria es esa decisión que demasiado frecuentemente incluye la muerte? ¿Estrategia o mera táctica desesperada de supervivencia? Se dirá que son simplemente casos límites y que nuevamente estamos en ese tipo de situaciones de frontera a las que ya aludimos. Aunque siempre en la vida de las personas hay una gradación de situaciones que van desde la extrema coacción hasta la libre decisión, no simplemente dos polos.

En cualquier caso, lo que los ejemplos aludidos sugieren es otra cuestión que tiene que ver con una especificidad (creo) del siglo xx. Por una parte, la existencia de aparatos jurídicos que garantizan nominalmente ciertos derechos a los ciudadanos o a los habitantes y, por otra, la violación, abierta o encubierta, de esos derechos por ciertos estados. Violación a menudo sin cancelación de las normas jurídicas garantistas. Esas actitudes del moderno Leviathan generaban y generan una situación de incertidumbre y desamparo que pesa sobre las decisiones de los posibles exiliados o los posibles emigrantes. Generan ambigüedades no existentes en los casos más antiguos, paradójicamente sometidos a mecanismos más brutales pero más previsibles. Dos ejemplos: la confiscación de bienes, que estaba ausente

⁴⁴ D. Glazer (2012): *El exilio incómodo. México y los refugiados judíos (1933-1945)*, México, El Colegio de México, 30-32.

⁴⁵ R. Villares (2011), «As Galicias de Luís Seoane, con exilio de fondo», en id., *op. cit.*, 423-464.

en general en el siglo XX europeo y americano, quizás porque era incongruente con el derecho de la propiedad que los totalitarismos de derecha decían defender, o la no pérdida de la ciudadanía combinada con la práctica de no conceder el pasaporte. Y es posible recordar que, salvo aquellos que estaban en prisión y tenían derecho de optar por salir del país, según las constituciones, para los otros partir o permanecer era una decisión que debía tomarse y que sugiere que el exilio contemporáneo puede estar más en línea con la afirmación de Cicerón que aludimos que con otras. Permite eludir no una pena, ya que demasiado a menudo no había ni juicio ni condena, sino al *schmittiano* poder de excepción, que suspende todo derecho y por ende se coloca fuera del orden jurídico y, así, tanto del derecho como de la pena, como ha argumentado Giorgio Agamben⁴⁶. Empero, por diferente que parezca, también los emigrantes estaban sometidos, de otro modo menos perentorio, a todo tipo de normas de excepción y a cancelaciones de derechos sin ningún marco normativo (como las políticas migratorias desde los años treinta, y luego en muchos contextos iberoamericanos, muestran bien).

Muchos paralelismos pueden realizarse entre esas dos figuras emblemáticas del siglo XX, el exiliado y el emigrante. Muchas ventajas pueden encontrarse en compararlos o en indagarlos en paralelo, al menos eso hemos querido mostrar. Sin embargo, si el historiador no quiere ser solamente testigo o memorialista y recuperar del olvido fragmentos de experiencias, operación desde luego legítima, pero para la cual quizás no sea necesario o imprescindible el oficio del historiador, si este debe plantearse además problemas relevantes que incluso lo excedan, reaparece una diferencia quizás originaria entre ambas figuras. El exiliado nos interroga sobre las personas y la arbitrariedad del poder. El emigrante moderno nos interroga sobre el capitalismo y la desigualdad social. Dos preguntas distintas, o desde ángulos distintos, sobre la condición humana.

⁴⁶ G. Agamben, art. cit.